

y nobleza del extinto Presidente, armonizaban perfectamente con la lealtad y energía del nuevo Primer Jefe del heroico Ejército Constitucionalista.

El usurpador Huerta permanecía indiferente ante el sacrificio estóico de los constitucionalistas, y, como el nefasto Nerón, miraba a la moderna Roma envuelta entre las llamas del incendio.

Efraín, el humilde guerrillero, que ajustaba siempre su conducta a las santas doctrinas del apóstol, lo acompañó en su gira reivindicadora, lo estudió de cerca, lo admiró y lo imitó como los buenos.

El triunfo estaba próximo; los ejércitos de los judas, desanimados, huían abandonando pueblos y destruyendo las casas que les parecían sospechosas. Los asesinos de los representantes legítimos, desde la capital, se daban cuenta de su próximo derrumbamiento e iban abandonando descarada y cínicamente el país, para internarse en el extranjero y ponerse así a salvo de la justa venganza que ellos mismos, desde sus conciencias oscuras presentían. . . . Quisiera callar los nombres de estos malvados; pero no, no debo hacerlo; la indignación nacional se encargará de maldecirlos: Huerta, Blanquet, Mondragón, Félix Díaz y otros muchos cómplices de la traición y del crimen ocuparán como Santa Ana, Márquez, Mejía y Miramón, un lugar señalado en la lista de los malos mexicanos.

¡Época triste de mi país, recojed el aliento de los

que expiraron en el campo de batalla; él podrá inspirar a los futuros luchadores. . . . !

Volvamos, buenos lectores, al campamento o zona donde operaba Efraín; era una de esas tardes en que sus brisas llevan el perfume de las selvas y el trino de las aves; el sol hacía ostentación de su luminoso disco, quizá para despedirse de los soldados del Derecho; su postrer calor entibiaba todavía la tierra santa que a costa de sus vidas defendían. . .

Después del triunfo de aquel día las fuerzas de Efraín avanzaban de uno a otro pueblo que iban siendo evacuados por los reaccionarios. Marta, triste, pero al lado de su Efraín, caminaba pensando sin duda en los niñitos huérfanos abandonados en pleno campamento. La tropa, después del combate, entonaba cantares guerreros de su poeta. ¡Cuánto habrá llorado la soñadora huérfana al recuerdo de aquel día! ¡Cuántos crepúsculos habrán sorprendido sus suspiros. . . ! Y ¡cuántas tardes, entre sus pliegues, se habrán llevado sus lamentos y sus sollozos!

La oscura noche lo envolvía todo. . . . El único satélite de la tierra no aparecía en el lejano firmamento. El Ejército Constitucionalista entraba a un pueblo que creía también desocupado; los insurgentes, en el centro de aquella plaza, se ven atacados por todas partes, y era que los traidores en número mayor, les habían permitido entrar para envolverlos y "acabarlos," según ellos; fué el último esfuerzo, el

último baluarte de aquellos miserables; los defensores de la Constitución hacían derroche de heroísmo logrando salir de entre los malos; pero en medio de una espantosa confusión y dejando el campo sembrado de muertos y de heridos, quedaron algunos prisioneros, entre los que se encontraba Marta la soñadora. Su caballo iba muy atrás y no había podido alcanzar el grueso de la columna que en medio del fragor de la fusilería y el humo del combate, se volví. . . . Los liberales lograron replegarse en el vecino pueblo, desde donde podían hacer frente a los traidores huertistas. Efraín, preocupado por aquel inesperado suceso, no se dió cuenta de que Marta fallaba en aquella penosa jornada; al principio creyó que la hallaría en la retaguardia; que tal vez fatigada se había quedado algunas leguas retrasada; pero ¡cuál no sería su asombro al cerciorarse de que su Marta no venía. . . ! Mil pensamientos sombríos invadieron su cerebro. . . ¿Qué le había pasado a su compañera en ideales y en fatigas? ¿Quedaría tal vez, entre los muertos, entre los heridos o entre los prisioneros? . . . Esta última idea le atormentaba, prefería saber que una bala enemiga hubiera truncado aquella preciosa existencia en plena primavera, y que daría a luz dentro de unos cuantos meses. . .

Entretanto la familia de Marta reunida en uno de los panteones de la capital, señalaban al hijo mayor de Andrés la tumba de su padre; solo el que haya

perdido al autor de sus días podrá comprender el dolor de aquel joven que llorando como un niño regaba con flores la losa anónima aún, que cubría aquel cuerpo querido y santo. . . . La mamá de la poetiza esperaba abrazarla de un momento a otro, pues en una carta de fecha atrasada, le decía:

“Madre mía:—La causa del pueblo triunfará; creo que a fines del mes habremos avanzado hasta esa. Alguien ha dicho con mucha razón: mueren los hombres, pero no las causas. Con la muerte del señor Madero, la causa quedó en pie defendida por los colosos discípulos del apóstol mártir. El señor Carranza, con el estandarte de la legalidad en sus manos, es digno por todos conceptos de la gratitud nacional. Los ciudadanos honrados deben descubrirse ante la digna actitud del Primer Jefe.”

“Mi Efraín tan bueno y valiente como siempre; no descuida un solo momento para dar libertad a nuestro pueblo. La historia, madre mía, sabrá hacer justicia a los héroes y a los mártires.”

“Haz presente a mis hermanos mi cariño, y tú, mi buena y virtuosa madre, recibe el corazón y un abrazo de tu hija,—MARTA.



—Esta es la rebelde prisionera—dijo este último cuadrándose frente a su «general».

XIII.

AHORA, mis queridos lectores, volvamos a través de los bosques y de las serranías, hasta llegar al pueblo en que nuestra joven se halla prisionera; acerquémonos a un cuartel en ruínas y allí, en un oscuro cuarto, a manera de calabozo, la veremos sentada sobre una vieja silla. Su semblante está tranquilo; ya no hay llanto en sus ojos, ni risa en sus labios; parece estatua, fija su penetrante mirada en un periódico en el que había aparecido su último artículo, no se apartaba de allí; más de pronto levanta su pensativa cabeza para ver a dos traidores huertistas que en aquellos momentos abrían la puerta de su prisión. Uno de ellos llevaba insignias de "General" y el otro de "Coronel."

—Esta es la rebelde prisionera—dijo éste último cuadrándose frente a su "general"—

—¿Como te llamas? irónicamente le preguntaron.

La prisionera, con los ojos fijos en su escrito, sin alzarlos siquiera.

—Me llamo Marta—contestóles secamente.

—Acá ese papelucho—dijo uno de los soldados, arrebatando el periódico de sus manos y aventándola bruscamente hasta hacerla caer de la desvencijada silla.

Ni un solo grito, ni una sola queja se escuchó de los labios de aquella altiva mujer; púsose en pié, y serena, cual si desconociera el peligro que como una nube pavorosa se cernía sobre su cabeza, esperó el final de aquella escena.

Ambos reaccionarios examinaban el periódico; más de pronto el "general" interroga a su acompañante:

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Dijo que Marta, mi "general"—contestó el subalterno.

—Pues mira—prosiguió el "general"—esta mujer que ha caído en nuestro poder es una escritora que no lo hace mal y puede sernos útil; ya ves que nuestros periodistas, en el último combate, defecionaron para unirse con los bandidos (epíteto muy frecuentemente usado por ellos al hablar de los revolucionarios). Dila que si nos promete escribir en las columnas de nuestros folletines le perdonamos la vida y además disfrutará de un excelente sueldo. Por ahora me marchó, que muchos asuntos reclaman mi presencia.

—Muy bien, mi "general;" ¿no tiene usted otra cosa que ordenar?

—Eso es todo; hasta luego.

Marta, desde un rincón de su encierro había escuchado las proposiciones que iban a hacerle aquellos miserables; y antes de que aquel canalla le dirigiera una sola palabra, con paso firme avanzó hasta él y con un acento resuelto le dijo en voz alta:

—No necesito que usted me repita esas proposiciones que me avergüenzan y me indignan; jamás he vendido mis escritos porque siempre he sido de ideas firmes. Ustedes son tan malvados que han vendido y asesinado al Presidente Madero, cuya vida era apreciada por el mundo entero. ¿Qué puedo esperar yo?

—Acepta lo que propone el "general" y estarás salva—dijo el traidor militar,—si nó mañana serás pasada por las armas.

—Que sea,—contestó con dignidad Marta.

—Te arrepentirás muy pronto, defensora de bandidos y ladrones—gruñó aquel soldadón de oficio volviendo la espalda.

Marta estaba pálida al principio; después una ola de indignación coloreó su rostro y dijo: antes que el fátuo huertista se marchara:

—Los ladrones son ustedes, miserables, porque han robado al pueblo su felicidad; los bandidos son ustedes porque son cómplices del asesinato de un

Presidente. ¡Infames! ¡cobardes!, la maldición de la República entera caiga sobre vuestras cabezas de chacales.

—Veo que tienes lengua larga y ya me vengaré de tus insultos.

Al día siguiente sacaron a los demás prisioneros consistentes en algunos oficiales y soldados, los cuales fueron ejecutados en presencia de Marta, con el fin de atemorizarla y atraerla a su partido, pero la simpática joven había visto tan de cerca la muerte, que esta idea ya no le horrorizaba; había visto además tanta sangre de patriotas, que estaba templada su alma en el crisol del sacrificio y del martirio.

Entretanto, Efraín, desesperado, no dejaba un resorte sin mover para averiguar el paradero de su Marta, más todo en vano; nadie llegó hasta él que pronunciara el nombre de su amada; solo las brisas que acariciaban su frente soñadora le llevaron el recuerdo de sus amores íntimos.

Un día, cuando más preocupado estaba con este recuerdo, un oficial del Cuartel General le ordenaba saliera a la campaña con rumbo opuesto al camino que debía seguir para obtener algún informe de aquella soñadora que había formado su alegría aún en los momentos del peligro, orden que vino a ocasionarle los más tristes pensamientos y entre ellos la aprensión de considerar si su hijo sería víctima de los traidores antes de venir al mundo.

Obedeció, pues, la orden, y se marchó con el corazón desgarrado por el sufrimiento. . . . y después, ¡cuántas doradas auroras habrán observado al poeta en sus horas nostálgicas y tristes. . . .! ¡Cuántas noches oscuras le recordarian aquella trágica en que perdió a su amada.!

Nuestro guerrillero supo días después de su partida que Marta estaba en poder del enemigo, pero jamás creyó que la crueldad de los judas llegara hasta el punto de fusilar mujeres, y una vaga esperanza le hacía creer que no muy tarde podría estrecharla entre sus brazos, y quizá vería nacer al fruto querido de sus amores íntimos.

Escribía un diario en el que dedicaba infinidad de versos a la poetiza ausente. Anotaremos un fragmento de una de sus composiciones:

Marta:

Vivo de mis recuerdos . . . y solo ellos
me consuelan de tanta pesadumbre.
me acuerdo del negror de tus cabellos,
de tu mirar de fuego como lumbre

Cómo paso la vida? tristemente. . . .!
soy soldado del pueblo y . . . soy altivo!
voy a la guerra en la fatal pendiente
pero sin mis afectos. . . y ¡así vivo!

Quiera el destino que mi triste suerte
me lleve con el triunfo hacia el progreso,
sin que apague mi espíritu la muerte
siquiera hasta que llegue y te dé un beso!

Estoy lejos, muy lejos, y te quiero,
y vives en mi alma y en mi mente....
pero siento, mi Marta, que me muero,
me falta tu calor, estás ausente....!

Me horroriza el contacto de la muerte,
tanta sangre del pueblo derramada,
y pienso: cuál será la triste suerte
de mi patria infeliz tan ultrajada?

Triunfará el pueblo? vencerá el tirano?
cuál el final será de esta tragedia?
el porvenir es negro, es un arcano,
¿será el genio del mal que nos asedia?

.....
.....
.....
.....

Vivo de mis recuerdos y mis horas
son a veces tan tristes, tan sombrías,
que al recordar mis goces en otroras
agito mis soberbias rebeldías....!

Me hace falta el amor que me entregaste,
y lejos de ese amor pierdo la calma;
yo me ausenté de tí; tú te quedaste,
más me alejé sin el calor de tu alma....

Será eterna la ausencia? quién lo sabe!
volveré a ver la luz de tu mirada?
de ese misterio ignoro yo la clave,
que está en el porvenir, quizá en la nada!

XIV.

No abandonemos, mis lectores, a la rebelde prisionera; acerquémonos hasta ella y la veremos de pie, con la cabeza echada hacia atrás, cual hábil piloto en medio del mar tempestuoso de la vida; una sombra de tristeza hermosa su rostro; estaba pálida, pero su palidez no demostraba miedo; con los grandes ojos fijos en un solo punto parecía meditar en un imposible.....

Era de noche, el firmamento ennegrecido, sin una sola estrella que derramara su luz sobre la tierra, nos hablaba de dolores y miserias.... ni un canto en las ramas, ni un trino en los nidos.... era una de esas enigmáticas noches en las que sólo reina la santa solemnidad del silencio.....

Habían sonado apenas las siete en el reloj del pueblo; los Constitucionalistas se decidieron a tomar aquella plaza a sangre y fuego, y aquel fúnebre silencio fué interrumpido por el ruido de la fusilería y las continuas descargas de cañón y de metra-